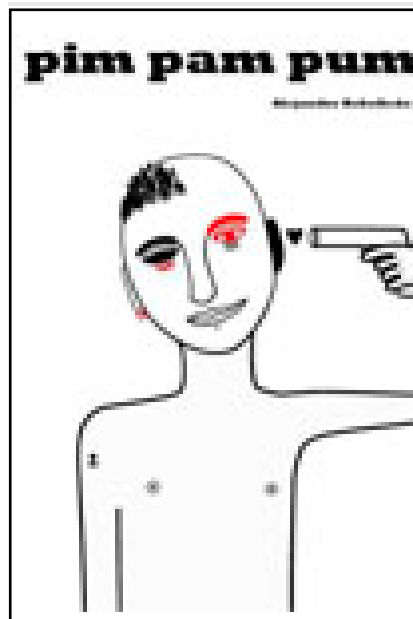


RESEÑAS

Rebolledo, Alejandro (2010). *pim pam pum*. Caracas: Ediciones Punto Cero.

Franco Canelón Universidad
Pedagógica Libertador-
Instituto Pedagógico de Maturín.
francoalexandercanelon@hotmail.com



Recordemos que el año 1999 fue protagonista mundial por representar el fin de un siglo y el nacimiento de otro. El tono era apocalíptico y la recién estrenada internet era la villana: ella sería la causante de que confluyeran el calendario azteca, las pirámides egipcias y los códigos de los cohetes nucleares que mandarían todo lo conocido hasta ese momento a mejor vida. Comenzó a clasificarse a las generaciones: x, emo, z y milenio; la cadena musical MTV proyectaba una sociedad permisiva, revulsiva, de jóvenes que tenían derecho a quejarse de todo, romperlo todo, fumarlo todo. Igual el mundo pronto acabaría.

A este afán muy de ciencia ficción se sumó el cliché religioso postmorten con píldoras de salvación, dietas con oración, fusiones sectarias e iniciáticas new age que pretendían salvar a los elegidos que abrieran sus mentes; y sobre todo sus bolsillos, para abordar el 31 de diciembre de ese año las naves celestiales e intergalácticas, que los llevarían al Beverly hills estratosférico. Venezuela no escapaba a ese influjo globalizante e incluyente, teníamos una sociedad abundante en todo, pero además negligente, con gobiernos corruptos y un horizonte sin expectativas definidas que nos dieran la requerida tranquilidad ontológica. El panorama era ideal para que muchas cosas salieran mal, como de hecho lo fueron. La confluencia entre el lustro final del siglo y la perspectiva de una nueva centuria causaban desasosiego en la humanidad, se dudaba de la existencia y, además, si existir valía la pena.

Fue en esa sociedad de transición de siglo, en una maltrecha Caracas que había visto mejores momentos, donde conocí a Luis; Luis La Piña, nunca supe si era un apodo o su nombre real, y ese panita era lo que ahora llamaríamos bipolar. “Bi tu abuela” estoy seguro que diría él si supiera como lo describo. Él, al igual que muchas cosas y personas, pasó de una vida cómoda y abundante, pero sin futuro proyectado a un constante improvisarlo todo. Lo puedo ver con sus botas de marca, sus yines gastados, pero de fábrica, Levis o Wrangler, sus chaquetas de CCCT y una repelente franela con la cara del comandante Chávez cuando nadie sospechaba en qué se convertiría (Chávez claro, no el pobre Luis), Luis era lo que catalogamos en los bajos mundos y entre amigos: un frito, usaba esa franela más por llevar la contraria que por alguna convicción política. Recordarlo es mirarme en una foto del pasado. Y si algo catalogaba a Luis era que fumaba y mucho, no Belmont ni Marlboro, no, Luis La Piña fumaba monte, mafafa, criski, mariana, marihuana, yerbita, yerba o como venga. Además, olía de vez en cuando su periquito, “pornodejábros, tu sabes”, pero este “man” era todo un personaje, tenía salidas y excusas para todo, hacía mil proyectos y no iniciaba ninguno y si en cualquier caso se comprometía en algo simplemente no terminaba. Según su ideología todo el mundo fumaba porque todo el mundo tenía problemas y el que no fumaba otro vicio peor tendría. Luis era como un héroe de tragedia griega, pero sin la bendición de los dioses, era lo más arquetípico venezolano posible: de grandes sueños y vida cómoda, de perros calientes en la madrugada luego de la rumba, de playa con los panas el fin de semana, y del “como va viniendo vamos viendo”.

Para Luis la vida era un constante pasar poético, sus mejores panas habían muerto o estaban en silla de ruedas, su padre murió pobre, endeudado y molesto con el pequeño Luis, su mamá se consumía en la desesperanza, las enfermedades y una ancianidad prematura por un hijo que no quería servir para nada. Y a pesar de todo esto Luis no era mala persona, era uno más de nosotros, un chamo confundido que se metió a punqueto por la simple razón de no tener razón, que comenzó a fumar porque se veía bien pero que luego, esa adicción se convirtió en su realidad porque para él era mejor la nota y el escape del dulce humo que esta ciudad que nunca sirvió y nunca lo hará. Junto con Luis conocí a mucha gente, a todas me las presentó Alejandro Rebolledo (otro frito más, pero panita), en esa Caracas de submundos, en esa capital que tenía una cara bonita y high class pero que por dentro estaba llena de mugre, vicios y personas inconformes que todo lo aceleraban para no ir a ningún lado. Alejandro me dio un recorrido por toda la fauna humana de Caracas y sus hábitats. Ladrones, policías corruptos, políticos, artistas, intelectuales, homosexuales, traficantes, periodistas, recogelatas, y la paleta variopinta y sicológica de colores para dibujar personalidades más completas que puede haber, tanto que hoy puedo afirmar que para conocer una ciudad no hace falta recorrerla a ella sino conocer a su gente. Quizás debido a que Alejandro era sociólogo, filósofo y Dj, de paso, conoció a mucha gente y trataba a todo el mundo, Luis era todo lo contrario y tal vez por eso eran tan buenos amigos.

La vida de Luis era caótica, y esto era lo natural en aquel momento, la persona más centrada y equilibrada en su apariencia ocultaba las peores tormentas internas; la eterna lucha con los demonios internos de cada quien mientras la ciudad asemejaba un infierno de esperanzas mesiánicas. Se vivía y se soñaba, se esperaba y se creía. Luis sin saberlo representaba lo que significaba Caracas, ínfulas cosmopolitas de gran urbe cuando en realidad era una niña de provincia con algunos recursos, ignorante de la vida, pero con muchas ganas de crecer y verse bien.

Lo último que supe de Luis era que se había ido a la isla de Margarita, con su mamá, que había invertido una plata en un pool con un amigo y socio, que tenía su jevita y que por un tiempo la vida se veía rosada y se sentía bonita; pero cuando naces martillo, del cielo te llueven clavos; el socio se presentó en quiebra y le regresó menos del 50 % de la inversión, que Luis de la arrechera botó a la novia (preñada de paso), que unos traficantes millonarios a los que trataba como amigos de confianza no eran amigos de nada y le dieron la espalda; que en una arepera le dieron una golpiza solo porque sí, y que de la frustración se había acercado a un despeñadero de la playa a interrogar a Dios y con la aparente intención de lanzarse al mar y morir... no sé si se arrojó o si Dios le respondió. Pero desde ese momento yo no puedo sacarme una cancioncita del subconsciente: lampituvirán lampituvirán lampituvirán. Y es porque yo sé lo que sintió Luis, y porque últimamente a mi alrededor hay mucha gente que no ve la luz al final del túnel, ay mi Dios, dondequiera que esté Luis, cuídalo (a Alejandro también porque me enteré que murió) y si nos toca vernos en algún momento espero que Caracas sea otra, Venezuela también y que el tenga menos humo en la cabeza y pies firmes en el asfalto.

PIM PAM PUM es la novela más radical hasta ahora de este país, y ligera de paso, pero no inocente ni inmadura. Está cargada de misticismo y filosofía con una abarcante cosmovisión de la cultura venezolana y personajes bien logrados en pocas páginas, algo difícil de lograr. Su técnica es directa, su lenguaje culto y urbano con un excelente manejo de la ironía logran construir una serie de alegorías que le hablan a cada lector. Acostumbrados a novelas politizadas y extremadamente pedagógicas y socio críticas en nuestro país, conseguir esta novela es una joya dentro de nuestra historia narrativa. Supongo que debemos esperar su respectivo curtido ante la crítica y el tiempo, pero una investigación fugaz por la red me permitió saber que es objeto de culto en algunos contextos y grupos. Esta pieza transgrede los modelos, rompe esquemas con apenas rozar las temáticas del sexo y las drogas (nunca toca el sexo gráfico ni se convierte en narconovela), además de aportar algo único, un mantra para invocar serenidad en momentos de duda existencial: Lampituvirán. Una palabra sin anclaje lexicográfico y semántico, su pragmatismo acontece a la situación según como se presente, como si Oswaldo Trejo, José Antonio Ramos Sucre y Quentin Tarantino hubieran participado en una fiesta de tertulia con el autor y le sugestionaron algunas ideas.

Esta es una novela de transgresión, que rompe esquemas y muestra la compleja psicología de nuestra cultura, una semblanza de un pueblo que fue bravo y que por ahora sigue buscando su camino.